

UN RELATO DE:
XAVIER BLANCH
ILUSTRADO POR:
VIOLETA MONREAL

la casaca de Francois



LA CASACA DE FRANÇOIS

Ni hacer sus faenas en paz podía uno en aquellos tiempos de penurias y guerra. Los pasos de una patrulla de soldados franceses pusieron en alerta Peret, que estaba aliviando las tripas al amparo de unos cañizares. Vaya momento más oportuno que han escogido los gabachos éstos para pasarse por aquí, pensó contrariado el chico. Él permaneció en silencio, inmóvil, pero no así sus intestinos, que se debatían entre la orden de quedarse quietos y calladitos, y el impulso imparable, visceral, de una excreción a medias. No se sabe si fue la nariz o el oído lo que delató una presencia oculta ante el sargento que comandaba aquellos hombres de uniforme. ¡Mierda!, dijo Peret cuando se vio descubierto por la bayoneta de un fusil que se abrió camino entre las cañas. Un jovenzuelo agachado y con los calzones bajados a la altura de los tobillos apareció aturdido frente a los ojos de aquellos extraños. ¡Merde!, *bien sûr*, replicó jocoso el sargento. Y soltando una carcajada que contó con el eco de la de los soldados, aquellos hombres continuaron su andadura. *Au revoir, mon ami*, se despidió el sargento.

Ésa fue la primera vez que Peret tuvo unos soldados franceses tan cerca. Y fue también la primera ocasión en que vio los galones de sargento en las mangas de aquella casaca militar. Habían transcurrido siete días desde que, por el norte, aparecieron bordeando el río Ebro las primeras tropas francesas. Carruajes, caballos, mulas, paquetes, mochilas y embalajes, fusiles y sables, cañones, banderas y estandartes, y los vistosos uniformes azules con pantalones blancos, salpicaban el verde de las huertas y de los frutales. Los franceses habían ido tomando los pueblos que río abajo iban encontrando a su paso. Al mando del III Ejército de Napoleón, el general Suchet, un hombre apuesto de unos cuarenta años estaba dispuesto a incorporar a sus recientes conquistas la ciudad de Tortosa.

Momentos después del susto, Peret salió de su escondite subiéndose los calzones que se ataba a la cintura con un cordel de esparto. El chaval iba descalzo, había que guardar las alpargatas y los calcetines de lana para los días de frío. Ahora estaban en verano. Las plantas de sus pies eran un auténtico callo de tanto pisotear toda clase de terrenos. Una camisola de lino vieja y deshilachada cubría su torso flaco en el que se mostraban perfectamente todos los huesos. Aunque delgaducho, Peret era fuerte, muy fuerte. Echó un vistazo a la patrulla de soldados que sin prisa se alejaban entre las huertas. Para no ir detrás de ellos, Peret se metió en los campos de naranjos en dirección a su casa. Vivía en una alquería con sus padres, dos hermanas y una abuela. Peret y sus hermanas ayudaban a sus padres en los

quehaceres del campo y en el cuidado y cría de los animales. ¿Qué otra cosa podía hacer sino aprender las tareas que deberían tener de mayores? Aquellas eran tierras fértiles, regadas anualmente por las avenidas del río que inundaba todas las huertas y las fecundaba con los limos depositados por las aguas antes de volver a su cauce. En cuanto a los animales, la alquería era casi un arca de Noé de animales domésticos. Ovejas, cabras, cerdos, gallinas, conejos, patos blancos, patos mudos o negros, una vaca, un mulo, un asno, pavos, palomas, además de un número incontable de gatos y un par de perros pulgosos, formaban también parte de la familia. Peret apareció entre las ramas de unos melocotoneros justo delante de la parra que cobijaba la entrada a su casa. Peret, ¿dónde demonios te habías metido, pillastre?, le pidió la abuela desdentada. Por ahí, abuela, echando un vistazo a las cabras, le contestó paciente el chaval.

Y dicho esto, vio la patrulla de soldados franceses allá en el fondo de la senda que conducía a su casa. Esos gabachos iban a visitarles. Peret salió como un rayo en busca de su padre. El hombre estaba dando de comer a los cerdos. Padre, vienen soldados, le gritó Peret. Y el hombre soltó el cubo de la comida que fue a parar sobre el lomo de una cerda malhumorada y gruñona.

El sargento francés saludó con gesto amable a Peret y su padre. *Je suis le sergent Roux, François Roux, monsieur.* Y le extendió la mano en gesto de amistad. Gesticulaba y hablaba en francés lentamente. Le entendieron bastante bien a pesar de utilizar un idioma que para ellos resultaba absolutamente desconocido. Querían ver la casa. El padre de Peret les invitó a pasar. Un par de soldados cubrían las espaldas del sargento, que seguía al padre del chico. Vieron habitación por habitación todas las estancias de la alquería. Y acabada la inspección, el sargento parecía complacido. Tanto, que decidieron hospedarse allí. El sargento dio orden a sus soldados de que se instalaran en la parte más alta de la casa, un espacio de techos bajos y sin paredes que hacía las veces de pajar y almacén de grano. Él se acomodaría en una habitación libre de la primera planta. Finalmente, les había llegado el turno a ellos como a otras tantas casas de las más de cien que había esparcidas por las huertas del valle, convertidas ahora en residencia de las tropas invasoras. Protegidos del sol riguroso de julio bajo la parra de uva moscatel, el sargento sonrió a Peret, mientras padre y abuela permanecían callados con una mirada de preocupación y contrariedad marcada en su rostro. Nada bueno podía traerles la presencia de aquellos soldados en su casa. Ocho soldados, dos cabos y un sargento. En total, once bocas más para alimentar. Así de rápido había echado las cuentas la pobre abuela; ella, que no sabía de letra y apenas sabía contar.



Pasaron días, semanas y meses y, la verdad sea dicha, el sargento y sus hombres se mostraban respetuosos con Peret y los suyos. Los soldados sabían que aquellos campesinos les habían acogido en su casa con total sumisión. Solamente en una ocasión, el sargento tuvo que dar voces y poner firmes a un par de soldados deseosos de intimar más de lo debido con las hermanas de Peret. Catorce y quince años tenían las mozas. Ellas, siguiendo los consejos de padre y madre, procuraban mantenerse alejadas de la tropa. Quizá la reprimenda del sargento en aquel día fue una buena vacuna para evitar males mayores en el futuro. Por el momento, lo peor era tener que racionar la comida. Desde la llegada de los franceses a la alquería habían sacrificado ya tres corderos. Patatas y huevos eran ingredientes básicos de la alimentación. Tortillas españolas o tortillas a la francesa se sucedían continuamente en las comidas. Las gallinas, ajenas a las guerras y conflictos humanos, producían huevos a buen ritmo, como siempre. Pero ahora ya no había excedentes que cambiar por otras vituallas como arroz, aceite o trigo. Madre y abuela eran las encargadas de controlar al detalle la despensa. Las hortalizas cultivadas en el huerto familiar eran un buen rancho que llenaban

a diario las ollas más grandes de la alquería. Ni faltaba ni sobraba comida. Tenían lo justo para ir viviendo con la barriga más bien lisa. Pero a pesar de la convivencia sin fricciones, qué duda había que los soldados eran ocupantes y, de hecho, enemigos de los de la casa, porque participaban en el sitio y el acoso militar de Tortosa. La ciudad continuaba resistiendo heroicamente los embates y cañonazos de las tropas napoleónicas. Ahí, aprisionados en la ciudad vivían entre tantas otras gentes el tío de Peret y su familia. El tío era hermano de su padre. Se llevaban bien los hermanos y sus respectivas familias. Sobre todo, Peret se llevaba bien con Cinta, su prima e hija única de sus tíos. ¿Cómo estarían ellos ahora?, se preguntaba Peret. ¿Tendrían suficiente comida? ¿Les tratarían bien las autoridades? ¿Estarían sufriendo por los familiares que, como Peret, se encontraban fuera de la ciudad sitiada? Esa incertidumbre era lo que más angustiaba a toda la familia. Peret desconocía la palabra “paradoja”, pero de haberla conocido la hubiera situado nítidamente en medio de su cerebro. Eso, una paradoja, era lo que definía ahora sus sentimientos. Ya veis que cosas más raras tiene la vida. Peret se hizo amigo del sargento, de François, que era como ahora le llamaba el chico a petición del mismo francés. *Pour toi, je suis François, mon ami. Ne pas sergent Roux; ¿seulement François, d'accord?* Ellos confraternizando a la fuerza con un sargento y unos soldados franceses que formaban parte de las tropas que sitiaban la ciudad en donde se hallaba la otra parte de su familia. Confraternizando a la fuerza o simplemente confraternizando. Lo cierto es que François era un mozo de veinticinco años y Peret un chaval campesino de doce. El primero se había alistado al ejército huyendo de las miserias de los barrios pobres de París. François era huérfano y el pequeño de tres hermanos. Después de la muerte de su madre, nunca supo de ellos nada más. A su padre, ni siquiera llegó a conocerle. El ejército fue desde entonces su familia y su morada. Gracias a su inteligencia y a su astucia ascendió de soldado raso a sargento en poco más de ocho años, pasando por las fases de ayudante de artillero, artillero y cabo. Toda una carrera militar para un muchacho analfabeto que aprendió rudamente a leer y escribir de la mano de un teniente que tuvo a bien protegerle, cautivado por la simpatía y el carácter jovial de aquel joven soldado. François Roux, un vagabundo y ladronzuelo nacido junto al río Sena en París, se había transformado en el sargento Roux de la compañía de artilleros número 8, del quinto batallón del III Ejército de Napoleón. Y Peret sentía ahora una gran admiración por aquel hombre joven que mandaba con autoridad a otros tantos soldados jóvenes. A Peret, el futuro de campesino-granjero se le aparecía triste y vulgar puesto de lado de las hazañas bélicas que rodeaban la vida militar del joven sargento. ¡Qué envidia le daba aquel soldado con su uniforme de botones dorados y sus botas de piel negra relucientes! ¡Ojalá llegara un día en que también él pudiera ser soldado!

A menudo, Peret acompañaba a François en su trayecto desde la alquería

hasta el cuartel general, situado en un pequeño arrabal formado por un vecindario de siete u ocho casas apiñadas. Allí se instaló el general Suchet y los altos mandos del III Ejército francés. Sólo o acompañado de soldados, François pasaba todos los días por el cuartel general. Pronto Peret fue conocido por la tropa como *le petit ami du sargent*. El chaval aprendió a saludar con un *bonjour* a los soldados con que se cruzaba en esa zona de acuartelamiento provisional. Al padre de Peret más bien le disgustaba que su hijo tuviera tan buena relación con el invasor; pero ¿qué otra cosa podía hacer un padre en aquellas circunstancias sino callar y tener paciencia, confiando en que todo se arreglaría en un futuro? Peret aún era un niño; un niño al que le empezaba a cambiar la voz de adolescente mientras descubría un nuevo mundo que se le presentaba vestido de militar francés. Tiempo al tiempo. Ya se encargaría la vida de separar el grano de la paja, la realidad más dura y los sueños juveniles.

François y Peret medio aprendieron cada uno el idioma del otro. Sus conversaciones eran un auténtico popurrí lingüístico. Pero se entendían cada vez más. François envidiaba en Peret la infancia sana y campestre que él nunca pudo tener en su París natal. François sufría, como Peret, una paradoja vital. ¡Qué lástima que hubiera en el mundo guerra, tristeza y dolor! El ejército, que era la guerra y la muerte, era también su salvación y su vida. Y, sin embargo, qué pena que la buena gente como Peret no pudiera vivir al margen de los horrores de la guerra. ¡Qué bellos eran los naranjales! ¡Qué bueno ser campesino en un campo sin batallas ni soldados! Quizá algún día también él podría apearce del ejército y ser un simple campesino. Algún día, quizá.

A menudo, cuando François, *sergent Roux* para los soldados, volvía de sus misiones militares, encontraba en Peret un amigo con quien conversar. Peret admiraba a François, con su casaca azul de botones dorados y sus botas negras asombrosamente relucientes. Y François admiraba a Peret por su naturalidad e inocencia. François le enseñó una vez cómo se escribía su nombre. Se lo deletreó: F-r-a-n-ç-o-i-s. Y escribió después el nombre de Peret. El chico, viendo su nombre en un papel, pareció enloquecer de alegría. Jamás había tenido el mozo contacto con la escritura. Peret pidió a François que escribiera también en ese papel el nombre de Cinta, el nombre de su prima querida. Le contó después quien era su prima, la confianza que le unía a ella y lo mucho que la echaba en falta después de casi cuatro meses de no haberla visto. Ella debería estar entre la gente que desde la ciudad sitiada resistía a los ataques franceses. *Sois tranquille, mon ami, votre cousine sera avec vous bientôt*. Y esa frase que pronunció el francés lentamente, la escribió también en el papel de los nombres. Después, dobló el papel y se lo regaló a Peret que lo recibió como un auténtico tesoro. *Merci beaucoup, François. Merci, merci beaucoup*, repetía el chaval. Y Peret

guardó el papel en una bolsita de ropa que llevaba siempre colgada en su cintura.

El sitio de Tortosa iba ya para cinco meses. Las gentes del valle del Ebro que hospedaban soldados franceses en sus casas reflejaban en sus caras el cansancio, la tristeza y, a menudo, el hambre. Por su parte, las tropas francesas no parecían nada satisfechas con una situación que se alargaba mucho más de lo previsto. El general Suchet había reforzado sus efectivos militares con más soldados provenientes de Morella y Lérida, y había intensificado también los ataques de artillería para castigar con dureza las tropas resistentes de la ciudad. *C'est ne pas possible, il faut finaliser avec vitesse cette situation*, se quejaba Suchet, enérgico y marcial, a sus inmediatos subordinados militares. Habían llegado el frío y las lluvias, y las condiciones de vida eran peores para todo el mundo, cualquiera que fuera el papel que jugara cada uno en el tablero de esa contienda. La desesperación más descarnada empezaba a penetrar en el alma de los humanos.

Peret se había calzado ya sus alpargatas y protegía sus pies del frío con calcetines de lana. Un chaquetón forrado con piel de cordero resguardaba su cuerpo delgado de las temperaturas cada vez más bajas. Por supuesto seguía siendo amigo de François, pero como sus hermanas, padre, madre y abuela, deseaba volver a vivir sin la presencia de soldados en casa. Y, además, echaba en falta cada vez más a su prima Cinta. Sabía que los ataques franceses habían causado muchas muertes, demasiadas, entre la población sitiada de Tortosa. Le atormentaba pensar que Cinta, que tenía su misma edad, pudiera contarse entre los muchos sitiados que jamás volverían a caminar entre los naranjos. Sin llegar a ser un presentimiento, esa idea sobre lo que pudiera haberle ocurrido a su prima nublaba a menudo su mente y su corazón. ¿Qué habría sido de Cinta?, se preguntaba el chico con insistencia. La inquietud y la ingrata sensación de vivir una guerra interminable, fue lo que le empujó a tomar una decisión sin duda arriesgada. Acababa de cumplir trece años. Ya no era un niño, pensaran lo que pensaran su abuela y su madre. Necesitaba ver a su prima, saber que ella y sus padres estaban vivos. Dentro de unos días no habría luna y las noches serían totalmente oscuras. Peret conocía un pequeño embarcadero en el río Ebro, en donde siempre había un par o tres de pequeñas barcas de remos. Él mismo había cruzado el río con esas barcas en muchísimas ocasiones. Para llegar al embarcadero tendría que travesar unos cien metros de campo abierto y totalmente arrasado por las tropas de resistencia de la ciudad antes de que llegaran los franceses. Ese era, seguramente, uno de los peligros más grandes.

Y llegó la noche escogida, negra como el carbón. Peret salió en silencio de casa. Todo el mundo estaba durmiendo, incluso el soldado de guardia junto al fuego del hogar. Peret anduvo rápido pero silencioso. El perfil de los árboles y de los arbustos que encontraba en su camino se le aparecían a menudo como figuras humanas al acecho. Afortunadamente, enseguida comprobaba que sólo se trataba de figuraciones suyas. Su corazón latía acelerado y sus oídos percibían ruidos por todas partes. A caballo de esos miedos cruzó tan de prisa y silenciosamente como pudo la zona arrasada frente al río. Llegó al embarcadero, se subió en una barca, desató el amarre, sujetó los remos y dejó que la corriente hiciera su trabajo. Tardó muy poco en llegar a la otra orilla, aunque a él la travesía le resultó terriblemente lenta. Ya tocando tierra otra vez, amarró la barca en un poste y, sigilosamente, se acercó a las primeras casas cuando un vozarrón que salió de entre las casas le ordenó que no diera un paso más o sería hombre muerto. El corazón le iba a estallar. Levantó las manos por encima de la cabeza obedeciendo de nuevo al vozarrón. Cerró los ojos un instante y se arrepintió mil veces de su locura. Aparecieron dos hombres armados con fusiles y le pidieron su nombre con malas formas. Peret dijo su nombre, el de su casa y, atropelladamente, imploró que no le hicieran daño. Los dos hombres, sin dejar de apuntarle con sus fusiles, le condujeron al otro lado de una empalizada. Allí, temblando, fue llevado al interior de una casa en donde pudo descubrir unos cuantos hombres durmiendo en el suelo junto al fuego y otros dos de pie que parecían estar esperándole. Cuando a la luz de la lumbre aquellos hombres pudieron confirmar que el prisionero era sólo un chaval, se serenaron los ánimos y Peret empezó a ahuyentar el miedo a un desenlace fatal. Le hicieron sentarse cerca del fuego y entonces fue cuando uno de los hombres le reconoció como el hijo de Taronges, que era así como era conocido en la zona el padre de Peret. Ese fue su mejor salvoconducto. Peret tuvo que explicar los motivos de su escapada ante aquellos hombres, y todos juzgaron su conducta como una peligrosísima chiquillada. Si yo fuera tu padre, ahora mismo te daba un par de buenas bofetadas, le espetó uno de los hombres con gesto irritado.

Hechas todas las explicaciones y ante la cara de incredulidad de aquellos hombres, Peret fue invitado a tumbarse cerca del hogar sobre un saco de paja; se tapó con una manta y al poco rato se durmió presa del frío y del cansancio.

A la mañana siguiente, Peret corrió enloquecido hacia la casa de sus tíos. Y locos casi se volvieron ellos cuando vieron a su sobrino y primo aparecer por la puerta. Se lo comieron a besos. Un mar de lágrimas inundó el rostro de los cuatro. Primero fueron llores de alegría y después la bronca y el sufrimiento del tío por el peligro que había corrido el zagal y por la preocupación que ahora mismo deberían tener sus padres. Sobre este

último punto, Peret tranquilizó a sus parientes, porque Marta, una de sus dos hermanas, aunque no estaba de acuerdo para nada con la intención de Peret, sabía que éste iba a intentar llegar a la ciudad durante la noche anterior. La tía, desconsoladamente, arrancó otra vez a llorar de emoción.



El día se levantó con una buena dosis de cañonazos franceses. Peret se refugió con su tía y prima en unos sótanos de una casa cercana. El tío se incorporó un día más a la milicia que defendía a la ciudad. Su tía y su prima estaban realmente flacas. Apenas tenían comida. El ayuntamiento de la ciudad se encargaba de racionar el pan entre las familias. Peret les había traído en un zurrón un par de quesos de oveja. Cuando, ya de vuelta a casa, Peret se los entregó, madre e hija se pusieron una vez más a llorar.

La noche siguiente de la llegada de Peret a la ciudad, una columna de milicianos de la resistencia tortosina hizo una incursión en el territorio controlado por las tropas francesas. Los milicianos conocían muy bien el

terreno y, amparados por la oscuridad, lograron sorprender una patrulla de soldados franceses. Ninguno de ellos sobrevivió al ataque. Once soldados, once muertos a cuchillo. Los combatientes volvieron jubilosos a la ciudad sin registrar ni una sola baja y con las armas incautadas a los muertos. La gesta tuvo una gran resonancia en la ciudad y no menos en el cuartel general de los franceses.

Peret llevaba ya casi un mes en la ciudad y empezaba a notar los efectos de una alimentación tan escasa. Tenía hambre. Ahora que ya sabía que sus familiares estaban sobreviviendo al sitio, él no tenía nada que hacer encerrado en la ciudad. O sea que, ni corto ni perezoso, decidió tomar el camino de vuelta a su casa con la complicidad de su prima. A Cinta no le gustó nada la idea de su primo, pero como Marta en el viaje de ida, tuvo que prometer que no diría nada a nadie hasta el día siguiente. Cuando anocheció, el cielo se mostraba muy oscuro. No había luna tampoco esta vez. Peret tuvo que burlar a los hombres que le descubrieron en su llegada y con mucha cautela utilizar de nuevo una barca para cruzar el río en sentido contrario. Llegó a la otra orilla y no oyó ni vio a nadie. Cruzó agachado los aproximadamente cien metros de tierras arrasadas hasta alcanzar un camino entre las primeras huertas. Pero no pudo seguir andando mucho porque un disparo le pasó silbando muy cerca de su cara. Se tiró instantáneamente al suelo con las manos hacia delante. No disparen, por favor, no disparen, repetía una y otra vez el chico. Una patrulla de soldados apareció al momento. Al cabo de unos minutos se añadió al grupo otro soldado con una antorcha.

Peret fue conducido al cuartel general. Allí, un teniente le registró y encontró en una bolsita de ropa colgada en su cintura un papel con los nombres escritos de François, Peret y Cinta, y la frase *sois tranquille, mon ami, votre cousine sera avec vous bientôt*, que los soldados consideraron un mensaje en clave. La primera bofetada cogió a Peret desprevenido; un hilo de sangre se deslizaba hacia sus labios desde su nariz. El chaval se puso a llorar temblando. No le salían las palabras, su voz quedaba atrapada en la garganta atenazada por espasmos y gemidos; y, sin embargo, deseaba contar la verdad. Otro bofetón del teniente casi le hizo tambalearse. *C'est tout, lieutenant*, dijo un capitán que apareció en aquel momento. El teniente soplaba como una bestia. El capitán intentó tranquilizar a Peret. Le ofreció un vaso de agua que el chico bebió nerviosamente. Capitán, este chico es amigo del sargento Roux, apuntó otro militar. El capitán mandó a buscar al sargento Roux. Mientras, Peret consiguió calmarse un poco y empezó a contar su triste aventura. Un colaborador leridano que hablaba francés traducía las palabras de Peret al capitán. La historia de Peret, aun siendo cierta, no resultaba nada creíble para el capitán. Se la hicieron repetir una y otra vez. Le preguntaban repetidamente los nombres de sus familiares

sitiados. La información de Peret fue siempre la misma. En el ánimo de los franceses todavía estaba muy presente la muerte de toda una patrulla de soldados a manos de unos milicianos. Hechos como éste no se olvidan fácilmente. Peret fue conducido a un calabozo; por el camino se cruzó con François, *le sergent Roux*, custodiado por dos soldados y otro sargento. Los ojos de ambos se encontraron fugazmente. Fueron miradas de terror.

Peret estuvo encerrado una semana en el calabozo oscuro. Encerrado a pan y agua. Aquella celda sin ventilación apestaba. No había retrete ni conducto alguno donde desaguar y Peret tuvo que hacer sus necesidades en una esquina de aquel cuartucho. En el octavo día de reclusión, fueron a buscarle dos soldados y un sargento. Le ataron las manos por la espalda y lo llevaron ante el mismísimo general Suchet. El general, sirviéndose del intérprete leridano, informó a Peret que el sargento Roux había sido condenado a muerte por alta traición. La negación del sargento a admitir su culpabilidad dijo el general, no hacía sino empeorar las cosas. Tenían el papelito que habían requisado a Peret escrito de puño y letra por el sargento. Sólo tú puedes salvarle, añadió el general. Y a continuación le pidió que le explicara el significado de la frase escrita en el papel y la relación que ello tenía con la muerte de todos los miembros de una patrulla de soldados franceses a manos de los insurgentes, hacía aproximadamente un mes. ¿Había más implicados en la traición por parte del ejército francés? ¿Cómo se llamaban los contactos de los insurgentes? ¿Quiénes eran los cabecillas? Te escapaste de tu casa bajo la vigilancia del sargento Roux; por tu culpa él está metido en un buen lío, le increpó el general. Peret repitió una y otra vez la versión auténtica de su única ida y vuelta a la ciudad sitiada. El general quizá en su interior hubiera podido creerle. Era demasiada heroicidad para un chaval de trece años mantener inamovible una versión en la que, además, no se había contradicho ni una sola vez entre tantas veces que la había contado. Pero el sitio de Tortosa iba ya para los seis meses. Su prestigio militar estaba en juego y la inestabilidad política en España no le aportaban ninguna tranquilidad. Más bien al contrario. Con gesto enojado, el general Suchet mandó que encerraran a Peret otra vez en el calabozo. Antes, comunicó a éste que su amigo, el sargento Roux, iba a ser fusilado al amanecer. A Peret le pareció que los músculos de sus piernas se reblandecían como si fueran de manteca. La angustia le tensionaba el estómago como si una fuerza invisible le absorbiera las vísceras hacia dentro. Dos soldados le cogieron en volandas sujetándole por los sobacos, lo condujeron al calabozo y lo arrojaron en él sin más palabras. Por la noche le visitó un cura. Le traía un fardo. Era una casaca militar. El cura se la entregó a Peret. Esa es la última voluntad del sargento Roux, le dijo el cura. Quiere que su casaca sea para ti. Me ha dicho también que reces por él, que así es la guerra, la estúpida guerra, recalcó el cura. Él sabe que tú eres su amigo; quizá, dijo, el único amigo que tuvo nunca en su vida. El cura desató los brazos de Peret y le

entregó la casaca.

Peret se quedó acurrucado toda la noche contra una pared del calabozo. No pudo pegar ojo. Le dolían mucho piernas y brazos. Aunque no pudo ver la salida del sol, sí oyó los pasos rítmicos de unos soldados y las voces de un pelotón de fusilamiento. Una ráfaga de disparos rompió el silencio del alba. Y el chico se desmayó. La casaca de François cubría el cuerpo desvanecido de Peret.

